

## CINCUENTA AÑOS DE ARQUEOLOGÍA EN MI VIDA – REFLEXIONES

Marianne Cardale de Schrimppff

**A** mí se me despertó la pasión por la arqueología en el kínder: una advertencia de que no se puede ser demasiado cuidadoso con la educación de los hijos de tierna edad. Escuchando a la profesora hablar de las ruinas de Pompeya y la erupción volcánica del monte Vesubio, que causó su destrucción, concluí que la vida de un arqueólogo debía de ser fascinante. Desde luego, el camino de niña de kínder a arqueóloga adulta no fue siempre recto. Algunos profesores, pensando en los grandes proyectos en países como Egipto, opinaron que sería imposible para una mujer “controlar los obreros nativos”. En un momento dado, me incliné por la biología. Sin embargo, todavía como estudiante de colegio tuve algunas oportunidades breves de participar en excavaciones arqueológicas y me seguía gustando. Mis padres temían que podría ser difícil ganar mi pan diario como arqueóloga y, aunque me apoyaron, pusieron como condición que primero tomara un curso de secretaria.

Terminado el curso, tuve la oportunidad maravillosa de estudiar la prehistoria de Europa bajo la dirección del profesor Stuart Piggott, en el Departamento de Arqueología de la Universidad de Edimburgo, Reino Unido. La amplitud de visión y la profundidad de conocimiento de Stuart Piggott han sido una inspiración que me ha quedado de por vida. En aquel entonces, las universidades eran lugares muy diferentes. Aunque algunas facultades como lenguas o historia tenían números muy altos de estudiantes, el profesor nuestro, consciente de la escasez de oportunidades profesionales, limitaba sus estudiantes a tres o cuatro por curso, escogidos entre unos treinta en el primer año. Además, dictaba sus clases para el segundo y tercer año simultáneamente, sistema que le dejaba suficiente tiempo para excavar, leer, escribir y para mantenerse como el investigador actualizado e innovador que era. Fue bastante exigente con sus estudiantes y dio por sentado que consultaríamos artículos en por lo menos cuatro idiomas europeos, además del inglés y que, con diccionario en mano, miraríamos publicaciones en varios otros idiomas. Como parte del pènsum, había que participar en excavaciones arqueológicas durante un mínimo de cuatro semanas

por año. No era difícil encontrar oportunidades, pero con frecuencia había que pagar para poder participar o, por lo menos, para cubrir los costos de la alimentación. Así que primero había que trabajar en cualquier cosa durante unas semanas, para tener los fondos necesarios.

Mi primer trabajo como profesional fue como supervisora, bajo el mando del arqueólogo director, en un sitio del periodo sajón. El sueldo era suficiente para pagar los costos o de la comida o del alojamiento, situación que se resolvió fácilmente durmiendo en una carpa durante el verano. Necesitaba buscar otra solución para el invierno. Entonces, me ofrecieron un puesto como asistente en la Escuela Británica de Arqueología, en Irak; una experiencia inolvidable porque aprendí a valorar la cultura y el modo de vida del mundo árabe.

Durante mis años como estudiante, la Universidad me había otorgado una beca pequeña para visitar a Colombia y hacer algo de trabajo de campo. Llegué al país en gran parte por la generosa acogida de Gerardo Reichel-Dolmatoff, pero él pronto tuvo que partir a hacer trabajo de campo y me dejó con una enorme cantidad de tiestos para lavar, procedentes de sus excavaciones en Soacha. Desafortunadamente, en esa época no pude apreciar la importancia de este material y nunca lo volví a ver. También conocí a la antropóloga Ann Osborn, paisana mía, quien me ayudó a estudiar varias colecciones de material arqueológico en Nariño, antes de acompañarla a pasar unas semanas con los Awa/Quaiquer.

De una vez quedé enamorada de Colombia. Mi sueño era encontrar una manera de volver. Durante un congreso de americanistas en España, un amigo me presentó al arqueólogo Junius Bird. Él y su señora, Peggy, me invitaron a almorzar y me hicieron unas preguntas: ¿Comía maíz con agrado? ¿Sabía cuánto tiempo duran las herraduras de un caballo? Y algunas más. Por fortuna, supe contestarlas. Años antes, cuando Junius excavó en Huaca Prieta, el famoso sitio precerámico de la costa peruana, había encontrado numerosos fragmentos de textiles elaborados con distintas técnicas, fechados alrededor de 2000 años antes de Cristo; en aquella época eran de los textiles más antiguos conocidos del Perú. Una de las grandes pasiones de Junius eran los textiles precolombinos de aquel país. Quería entender más acerca de las técnicas empleadas y estaba convencido de la necesidad de estudiar en detalle los métodos empleados por grupos etnográficos actuales.

En décadas posteriores, sus metas se han cumplido en gran parte en el Perú, pero en ese momento era un campo prácticamente desconocido y él estaba buscando a alguien que pudiera iniciar este estudio. Sin embargo, yo quería ir a Colombia y no al Perú y, además, en ese momento ni siquiera sabía distinguir la trama de la urdimbre. Junius tenía fama de apoyar personas que no necesariamente tuvieran una preparación convencional para un proyecto que le parecía importante y me consiguió una beca con la Wenner-Gren Foundation, gracias a la cual pude visitar a varios grupos campesinos e indígenas, en diferentes regiones de Colombia, para estudiar sus tejidos. La oportunidad de conocer y participar en la vida diaria de estos pueblos fue una formación de gran importancia para mi vida como arqueóloga. Inicialmente, mi base en Bogotá fue el apartamento de Sylvia Broadbent, también paisana mía y, en aquella época, profesora del recién inaugurado Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes. Ella me invitaba a acompañarla a algunas de sus salidas a terreno, generalmente en bus, en la Sabana de Bogotá y sus alrededores.

En este viaje conocí a Rudolf Schrimppff, quien se convertiría en mi esposo, así que la atracción de Colombia era todavía mayor. Después de buscar más becas y lograr volver por tercera vez a Colombia, la información acumulada sobre los tejidos se convirtió en mi tesis doctoral para la Universidad de Oxford, Reino Unido. El interés por los tejidos, despertado por Junius Bird, me ha seguido y he llevado a cabo varios estudios sobre los textiles arqueológicos de Colombia, muchos de ellos en colaboración con la fotoquímica Beatriz Devia, que investiga los colorantes empleados.

Ya casada y residente en Colombia, dicté algunos cursos como profesora de cátedra, principalmente Arqueología de Colombia, tanto en la Universidad de los Andes, como en la Universidad Nacional de Colombia, y empecé a hacer reconocimientos y excavaciones arqueológicas. En esta lejana época, a pesar de que existía un cuerpo de información importante acerca de los muiscas, faltaba una cronología para los períodos anteriores. A finales de la década de los cuarenta y principios de los cincuenta, investigadores como Emil Haury y Julio Cesar Cubillos hicieron intentos valientes, pero resultó muy difícil encontrar sitios arqueológicos con una estratigrafía profunda. En la misma época, Luis Duque Gómez excavó una estructura grande con

cerámica atípica en la hacienda Mondoñedo, en Mosquera, que hoy día se clasificaría como Herrera, pero en aquella época no existía la oportunidad de conseguir fechas radiocarbónicas. En los años sesenta, mi amiga Sylvia Broadbent llevó a cabo reconocimientos muy extensos con excavaciones en numerosos sitios. Por medio de la técnica de la seriación, construyó una cronología incipiente para los sitios arqueológicos de la región de la Laguna de la Herrera.

Siendo este el panorama, ¿cómo hacer para descubrir sitios que permitieran construir una cronología basada en la estratigrafía? Se me ocurrió que habría que buscar en lugares donde se encontraba un elemento de gran importancia para la vida humana, pero con una distribución limitada. En la Sabana de Bogotá, el elemento era obvio: la sal. En el año 1970, Ann Osborn y yo empezamos a excavar en Nemocón, en la loma inmediatamente encima de la mina actual de sal. En cualquier parte donde se hubiera removido la tierra como para cavar una zanja o hacer un corte para un carretable, se podían ver fragmentos de cerámica en cantidades abundantes. Esto no era sorprendente en vista de la práctica, todavía vigente en esa época, de evaporar la salmuera en vasijas grandes hasta que se formara un bloque de sal. Como para poder sacar este bloque se tenía que romper la vasija, las cantidades de tiestos que resultaban eran enormes. Entre toda esta “riqueza” ¿dónde empezar? ¿Y cómo distinguir los fragmentos relativamente recientes de los más antiguos? Iniciamos un corte pequeño y empezamos a bajar. Al llegar a un metro de profundidad, los vecinos curiosos que pasaban comentaban que esos tiestos se parecían bastante a los chocolateros que usaban sus padres. ¡A los dos metros decían lo mismo! Fue solo con las fechas radiocarbónicas de muestras tomadas al fondo de la excavación, gentilmente financiados por Thomas van der Hammen, que pudimos confirmar nuestras sospechas de que se trataba de un material bastante antiguo. Esta excavación se hizo en la misma época en que Thomas y Gonzalo Correal excavaron en los abrigos rocosos de la hacienda Tequendama, en donde encontraron cerámica muy similar a la nuestra, en los horizontes superiores. Se habían así establecido las bases para un marco cronológico que documentaba un estilo de cerámica temprano en la Sabana de Bogotá y una ocupación precerámica que se inició hacia finales de la última glaciación.

Seguí con mi interés en las salinas y, gracias a una financiación de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República, pude hacer dos temporadas de campo en Zipaquirá. Una de ellas en la excavación de un sitio del período Herrera donde elaboraban la sal, en la cual me colaboró, nuevamente, Ann Osborn, junto a Clemencia Plazas y Juanita Sáenz Obregón. En la segunda temporada se hizo un reconocimiento de toda la colina de la sal, localizando sitios ocupados en diferentes períodos, entre ellos, del pueblo muisca documentado por los españoles para el siglo dieciséis, que estaba asentado en aquella época en la cima. Indudablemente, las salinas del altiplano cundiboyacense ofrecen una oportunidad única para refinar la cronología de la región, con base en los diferentes tipos de cerámica, y para seguir el desarrollo económico alrededor de la producción de la sal. Se espera que nuevas generaciones de arqueólogos aprovechen esta oportunidad.

En el año 1979 se fundó Pro Calima, con el propósito de adelantar investigaciones en la región de este nombre. La fundación, dirigida y apoyada por dos amigos míos, Warwick Bray y Leonor Herrera (en aquella época respectivamente del Instituto de Arqueología de la Universidad de Londres y del Instituto Colombiano de Antropología, ICAN), me parecía una oportunidad única para trabajar en equipo y con recursos que permitían los análisis esenciales de los materiales y medio ambientes. Ahora llevo más de treinta años vinculada al grupo. Los enfoques principales de Pro Calima en esta región y en dos sitios de la cultura Malagana, en el valle geográfico del río Cauca, los describe Leonor en el texto de su autoría que aparece en esta misma revista. Aunque todos compartimos y participamos en los diferentes frentes y temas de investigación, dos de los enfoques que me interesaban y me siguen interesando especialmente son la cultura Ilama y los caminos precolombinos. La riqueza iconográfica de la cerámica y de oro Ilama permite acercarnos un poco a los conceptos cosmológicos de este pueblo. Los conocimientos acerca de sus asentamientos son todavía escasos, pero en el año 1984 logramos localizar uno por primera vez, para luego excavarlo parcialmente. En el año 1994, gracias al apoyo económico del antiguo Instituto Colombiano de Cultura (Colcultura), en forma de la beca Francisco de Paula Santander, tuve la oportunidad de intensificar las investigaciones de Pro Calima

sobre los caminos y recorrer los remanentes de algunos de los principales ejemplares en la región Calima. Se excavaron algunos sectores para establecer su antigüedad y su manera de construcción. Los resultados, con mapas relativamente extensos, fueron publicados en forma de libro por la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales (FIAN) y, para la misma época, con Leonor, organizamos un simposio para el congreso de americanistas celebrado en Quito, con contribuciones sobre caminos precolombinos de varios países. En mi concepto, los caminos son una verdadera *llave al paisaje del pasado*, que conducen a los asentamientos principales, a las fuentes de materias primas y a las relaciones entre los territorios de las diferentes sociedades de la época; merecen estudios enfocados a ellos como parte integral del paisaje, estudios que son urgentes en vista de la destrucción masiva de estos vestigios.

Aunque me hubiera gustado seguir con las investigaciones de los caminos, las circunstancias me llevaron a bajar de Calima al valle aluvial de Cauca. Allí, con Leonor y otros colegas, excavamos durante dos temporadas en el sitio de la hacienda Malagana y una en Coronado, ambos lugares de la cultura Malagana. Estas investigaciones también son descritas en la contribución de Leonor.

Un tema que siempre me ha intrigado es el inicio del período Formativo en el suroccidente del país. Mientras en algunas otras regiones del Área Intermedia la evidencia de una vida sedentaria con una base agrícola bien establecida y cerámica muy elaborada se remonta hasta el cuarto y quinto milenio antes de Cristo, en todo el suroccidente de Colombia la evidencia no pasa del primer milenio a. c. En un paleosuelo profundo en Malagana se había encontrado una área restringida con cantidades reducidas de tiestos de un estilo que podría ser ancestral a la cerámica Ilama; sin embargo, las fechas no apoyan esta interpretación. Durante los últimos cuatro años he estado dedicada, como integrante de un equipo interdisciplinario, al estudio de distintos sectores del valle aluvial del Cauca, con miras a reconstruir, por un lado, la historia del medio ambiente y sus cambios durante el Holoceno y, por otro, su efecto sobre las poblaciones humanas y su interacción con ellas. A cargo de Pedro Botero está la construcción de mapas de los paleo-paisajes, basados en juegos de fotografías aéreas, las más antiguas disponibles.

Con Ana María Groot e, inicialmente, con Alejandra Betancourt, acompañamos a Pedro, como especialista en suelos, a recorrer los terrenos escogidos y a efectuar sondeos con un barreno para explorar los horizontes debajo de la superficie y reconstruir eventos en el paisaje local. Como era de esperar, se documentaron numerosos cambios entre laguna, pantano y condiciones más terrestres; cambios corroborados por los estudios de los palinólogos Juan Carlos Berrio y Alejandra Betancourt y por el de Neil Duncan, especialista en fitolitos. Aunque se descubrieron numerosos sitios arqueológicos de los períodos Sonso y Yotoco y se documentaron algunos del Ilama, hasta ahora no se ha podido encontrar artefactos representativos de períodos anteriores. Sin embargo, la evidencia paleobotánica por cultígenos en el valle aluvial, encontrada en horizontes profundos, indica una presencia humana anterior a los períodos Ilama y Yotoco. Se necesita más información y más fechas para poder determinar la naturaleza de esta presencia y si era de carácter permanente o intermitente.